entrado á obscuras, lleno de turbación y zozobra.

Aunque en el lugar es uso y costumbre, jamás interrumpida, dar una terrible cencerrada á todo viudo ó viuda que contrae segundas nupcias, no dejándolos tranquilos con el resonar de los cencerros en la primera noche del consorcio, Pepita era tan simpática y D. Pedro tan venerado y Don Luis tan querido, que no hubo cencerros ni el menor conato de que resonasen aquella noche: caso raro, que se registra como tal en los anales del pueblo.

III.

EPÍLOGO.

CARTAS DE MI HERMANO.

La historia de Pepita y Luisito debiera terminar aquí. Este epílogo está de sobra; pero el señor Deán le tenía en el legajo, y ya que no le publiquemos por completo, publicaremos parte; daremos una muestra siquiera.

Á nadie debe quedar la menor duda en que D. Luis y Pepita, enlazados por un amor irresistible, casi de la misma edad, hermosa ella, él gallardo y agraciado, y discretos y llenos de bondad los dos, vivieron largos años, gozando de cuanta felicidad y paz caben en la tierra; pero esto, que para la generalidad de las gentes es una consecuencia dialéctica bien deducida, se convierte en certidumbre para quien lee el epílogo.

El epílogo, además, da algunas noticias sobre

los personajes secundarios que en la narración aparecen, y cuyo destino puede acaso haber interesado á los lectores.

Se reduce el epílogo á una colección de cartas, dirigidas por D. Pedro de Vargas á su hermano el señor Deán, desde el día de la boda de su hijo hasta cuatro años después.

Sin poner las fechas, aunque siguiendo el orden cronológico, trasladaremos aquí pocos y breves fragmentos de dichas cartas, y punto concluído.

Luis muestra la más viva gratitud á Antoñona, sin cuyos servicios no poseería á Pepita; pero esta mujer, cómplice de la única falta que él y Pepita han cometido, y tan íntima en la casa y tan enterada de todo, no podía menos de estorbar. Para librarse de ella, favoreciéndola, Luis ha logrado que vuelva á reunirse con su marido, cuyas borracheras diarias no quería ella sufrir. El hijo del maestro Cencias ha prometido no volver á emborracharse casi nunca; pero no se ha atrevido á dar un *nunca* absoluto y redondo. Fiada, sin embargo, en esta semipromesa, Antoñona ha consentido en volver bajo el techo conyugal. Una vez reunidos estos esposos, Luis ha creído eficaz el método homeopático para curar de raíz al hijo del maestro Cencias, pues habiendo oído afirmar que los confiteros aborrecen el dulce, ha inferido que los taberneros deben aborrecer el vino y el aguardiente, y ha enviado á Antoñona y á su marido á la capital de esta provincia, donde les ha

puesto de su bolsillo una magnífica taberna. Ambos viven allí contentos, se han proporcionado muchos marchantes y probablemente se harán ricos. Él se emborracha aún algunas veces; pero Antoñona, que es más forzuda, le suele sacudir para que acabe de corregirse.

Currito, deseoso de imitar á su primo, á quien cada día admira más, y notando y envidiando la felicidad doméstica de Pepita y de Luis, ha buscado novia á toda prisa, y se ha casado con la hija de un rico labrador de aquí, sana, frescota, colorada como las amapolas, y que promete adquirir en breve un volumen y una densidad superiores á los de su suegra Doña Casilda.

El Conde de Genazahar, á los cinco meses de cama, está ya curado de su herida, y, según dicen, muy enmendado de sus pasadas insolencias. Ha pagado á Pepita, hace poco, más de la mitad de la deuda, y pide espera para pagar lo restante.

Hemos tenido un disgusto grandísimo, aunque harto le preveíamos. El padre Vicario, cediendo al peso de la edad, ha pasado á mejor vida. Pepita ha estado á la cabecera de su cama hasta el último instante, y le ha cerrado la entreabierta boca con sus hermosas manos. El padre Vicario ha tenido la muerte de un bendito siervo de Dios. Más

que muerte parecía tránsito dichoso á más serenas regiones. Pepita, no obstante, y todos nosotros también, le hemos llorado de veras. No ha dejado más que cinco ó seis duros y sus muebles, porque todo lo repartía de limosna. Con su muerte habrían quedado aquí huérfanos los pobres si Pepita no viviese.

Mucho lamentan todos en el lugar la muerte del padre Vicario, y no faltan personas que le dan por santo verdadero y merecedor de estar en los altares, atribuyéndole milagros. Yo no sé de esto; pero sé que era un varón excelente, y debe haber ido derechito á los cielos, donde tendremos en él un intercesor. Con todo, su humildad y su modestia y su temor de Dios eran tales, que hablaba de sus pecados en la hora de la muerte, como si los tuviese, y nos rogaba que pidiésemos su perdón y que rezásemos por él al Señor y á María Santísima.

En el ánimo de Luis han hecho honda impresión esta vida y esta muerte ejemplares de un hombre, menester es confesarlo, simple y de cortas luces, pero de una voluntad sana, de una fe profunda y de una caridad fervorosa. Luis se compara con el Vicario, y dice que se siente humillado. Esto ha traído cierta amarga melancolía á su corazón; pero Pepita, que sabe mucho, la disipa con sonrisas y cariño.

Todo prospera en casa. Luis y yo tenemos unas candioteras que no las hay mejores en España, si

prescindimos de Jerez. La cosecha de aceite ha sido este año soberbia. Podemos permitirnos todo género de lujos, y yo aconsejo á Luis y á Pepita que den un buen paseo por Alemania, Francia é Italia, no bien salga Pepita de su cuidado y se restablezca. Los chicos pueden, sin imprevisión ni locura, derrochar unos cuantos miles de duros en la expedición y traer muchos primores de libros, muebles y objetos de arte para adornar su vivienda.

Hemos aguardado dos semanas para que sea el bautizo el día mismo del primer aniversario de la boda. El niño es un sol de bonito y muy robusto. Yo he sido el padrino, y le hemos dado mi nombre. Yo estoy soñando con que Periquito hable y diga gracias.

Para que todo les salga bien á estos enamorados esposos, resulta ahora, según cartas de la Habana, que el hermano de Pepita, cuyas tunanterías recelábamos que afrentasen á la familia, casi y sin casi va á honrarla y á encumbrarla haciéndose personaje. En tanto tiempo como hacía que no sabíamos de él, ha aprovechado bien las coyunturas y le ha soplado la suerte. Ha tenido nuevo empleo en las aduanas, ha comerciado luego en negros, ha quebrado después, que viene á ser para ciertos hombres de negocios como una buena poda para los árboles, la cual hace que retoñen

con más brío, y hoy está tan boyante, que tiene resuelto ingresar en la primera aristocracia titulando de marqués ó de duque. Pepita se asusta y se escandaliza de esta improvisada fortuna; pero yo le digo que no sea tonta: si su hermano es y había de ser de todos modos un pillete, ¿no es mejor que lo sea con buena estrella?

Así pudiéramos seguir extractando, si no temiésemos fatigar á los lectores. Concluiremos, pues, copiando un poco de una de las últimas cartas.

Mis hijos han vuelto de su viaje bien de salud, y con Periquito muy travieso y precioso.

Luis y Pepita vienen resueltos á no volver á salir del lugar, aunque les dure más la vida que á Filemón y á Baucis. Están enamorados como nunca el uno del otro.

Traen lindos muebles, muchos libros, algunos cuadros y no sé cuántas otras baratijas elegantes que han comprado por esos mundos, y principalmente en París, Roma, Florencia y Viena.

Así como el afecto que se tienen y la ternura y cordialidad con que se tratan y tratan á todo el mundo ejercen aquí benéfica influencia en las costumbres, así la elegancia y el buen gusto con que acabarán ahora de ordenar su casa servirán de mucho para que la cultura exterior cunda y se extienda.

La gente de Madrid suele decir que en los lugares somos gansos y soeces, pero se quedan por allá y nunca se toman el trabajo de venir á pulirnos; antes al contrario, no bien hay alguien en los lugares que sabe ó vale, ó cree saber y valer, no para hasta que se larga, si puede, y deja los campos y los pueblos de provincias abandonados.

Pepita y Luis siguen el opuesto parecer, y yo los aplaudo con toda el alma.

Todo lo van mejorando y hermoseando para hacer de este retiro su edén.

No imagines, sin embargo, que la afición de Luis y de Pepita al bienestar material haya entibiado en ellos, en lo más mínimo, el sentimiento religioso. La piedad de ambos es más profunda cada día, y en cada contento ó satisfacción de que gozan ó que pueden proporcionar á sus semejantes ven un nuevo beneficio del cielo, por el cual se reconocen más obligados á demostrar su gratitud. Es más: esa satisfacción y ese contento no lo serían, no tendrían precio, ni valor, ni substancia para ellos, si la consideración y la firme creencia en las cosas divinas no se lo prestasen.

Luis no olvida nunca, en medio de su dicha presente, el rebajamiento del ideal con que había soñado. Hay ocasiones en que su vida de ahora le parece vulgar, egoísta y prosáica, comparada con la vida de sacrificio, con la existencia espiritual á que se creyó llamado en los primeros años de su juventud; pero Pepita acude solícita á disipar estas melancolías, y entonces comprende y afirma Luis que el hombre puede servir á Dios

en todos los estados y condiciones, y concierta a viva fe y el amor de Dios, que llenan su alma, con este amor lícito de lo terrenal y caduco. Pero en todo ello pone Luis como un fundamento divino, sin el cual, ni en los astros que pueblan el éter, ni en las flores y frutos que hermosean el campo, ni en los ojos de Pepita, ni en la inocencia y belleza de Periquito, vería nada de amable. El mundo mayor, toda esa fábrica grandiosa del Universo, dice él que sin su Dios providente le parecería sublime, pero sin orden, ni belleza, ni propósito. Y en cuanto al mundo menor, como suele llamar al hombre, tampoco le amaría si por Dios no fuera. Y esto, no porque Dios le mande amarle, sino porque la dignidad del hombre y el merecer ser amado estriban en Dios mismo, quien no sólo hizo el alma humana á su imagen, sino que ennobleció el cuerpo humano, haciéndole templo vivo del Espíritu, comunicando con él por medio del Sacramento, sublimándole hasta el extremo de unir con él su Verbo increado. Por estas razones, y por otras que yo no acierto á explicarte aquí, Luis se consuela y se conforma con no haber sido un varón místico, extático y apostólico, y desecha la especie de envidia generosa que le inspiró el padre Vicario el día de su muerte; pero tanto él como Pepita siguen con gran devoción cristiana dando gracias á Dios por el bien de que gozan, y no viendo base, ni razón, ni motivo de este bien, sino en el mismo Dios.

En la casa de mis hijos hay, pues, algunas salas que parecen preciosas capillitas católicas ó devotos oratorios; pero he de confesar que tienen ambos también su poquito de paganismo, como poesía rústica amoroso-pastoril, la cual ha ido á refugiarse extramuros.

La huerta de Pepita ha dejado de ser huerta, y es un jardín amenísimo con sus araucarias, con sus higueras de la India, que crecen aquí al aire libre, y con su bien dispuesta, aunque pequeña estufa, llena de plantas raras.

El merendero ó cenador, donde comimos las fresas aquella tarde, que fué la segunda vez que Pepita y Luis se vieron y se hablaron, se ha transformado en un airoso templete, con pórtico y columnas de mármol blanco. Dentro hay una espaciosa sala con muy cómodos muebles. Dos bellas pinturas la adornan: una representa á Psiquis, descubriendo y contemplando extasiada, á la luz de su lámpara, al Amor, dormido en su lecho; otra representa á Cloe cuando la cigarra fugitiva se le mete en el pecho, donde, creyéndose segura, y á tan grata sombra, se pone á cantar, mientras que Dafnis procura sacarla de allí.

Una copia, hecha con bastante esmero en mármol de Carrara, de la Venus de Médicis, ocupa el preferente lugar, y como que preside en la sala. En el pedestal tiene grabados, en letras de oro, estos versos de Lucrecio:

Nec sine te quidquam dias in luminis oras
Exoritur, neque fit lætum, neque amabile quidquam.